

E D I T

CUANDO LOS OSCAR DOMINABAN LA TIERRA

L

a campaña publicitaria emprendida por el señor Almodóvar y secundada alegremente por todos los medios de comunicación ha propiciado una intoxicación informativa que nos ha impedido la sana reflexión que cada año debería acompañar a la celebración de estos eventos. Nadie olvida que el cine como industria necesita, hoy más que nunca, penetrar toda la red mundial del comercio. El cine no es sólo las películas. Detrás, alrededor y dentro de ellas se entrecruzan otros productos, marcas comerciales que promueven, más o menos enmascaradas, la producción de los filmes. El cine vende también ideología, por esto los gobiernos promueven su cine nacional. España ha conseguido su Oscar. David contra Goliat, El Deseo Producciones contra Metro Goldwyn Mayer. Pero es un Oscar pequeño.

No vota, como en los demás premios, la flor y nata de Hollywood. Solamente unos pocos ciudadanos, que demuestran haber visto todas y cada una de las películas extranjeras que optan al premio, pueden ejercer el voto. O sea, apenas un centenar de personas. Cuando Kevin Spacey sonríe, todos los presentes en el Gran Teatro han visto *American Beauty*, cuando el señor Almodóvar sube al estrado y le da gracias a la Virgen de la Macarena, los senadores del cine mundial sonríen beatíficamente, repasando sus propios discursos. Como mucho, le hemos ganado la partida a Francia, un país que ha demostrado haber sabido defender su cine contra el coloso mucho mejor que España.

Pero Almodóvar no ha borrado la huella que *Solas* dejó en el público español, la gran derrotada de los premios Goya. En la carrera del cine español por recuperar a un mayor segmento de público, succionado por la ingente máquina publicitaria yanqui, en su batalla por subir décimas de la cuota sobre la taquilla, estrenando más películas y en mejores condiciones, en la presencia cada vez mayor de cineastas jóvenes que constituye todo un relevo generacional, produciendo ya sus segundas y terceras películas, se está perdiendo el sano sentido de la utopía. Se produce para ganar dinero. Se hace cine para ganar premios. Se consume cine para pasar el rato. Lo demás no importa.

En Tenerife, una institución privada ha promovido una Semana de Cine Canario, celebrada en el recinto cultural de las Pirámides de Güímar, que ya va por la segunda edición con la concesión de los premios Guanche, un galardón honorífico que recayó en Fernando H. Guzmán y Ramón Saldías el año pasado por su contribución al cine. La escasa producción de películas, después de la lotería de los 1500 millones que la Consejería de Turismo desparramó entre las

O R I A L

productoras canarias por no saber qué hacer con ellos, al no permitírsele en aquellos momentos invertirlo en la televisión canaria, desaconseja instaurar concursos competitivos, pero no la organización de Muestras, Semanas o Seminarios que empiezan a prodigarse entre los diversos estamentos insulares, al mostrar un interés hacia el cine canario desde varios escenarios sociales cada vez más amplio. Por su alta inversión, es imposible que un film español pueda recuperar el dinero dentro de sus propias fronteras. Por eso las co-producciones. Por eso los filmes europeos devaluados, hablados en inglés y dirigidos a un espectador medio mundial, con inquietudes medias, probablemente de centro, decididamente joven, que cuando entre en un complejo de multicines con su bolsita de palomitas busque a un equivalente a Bruce Willis y a la Gwyneth Paltrow de turno en una película cuyo título rece en inglés y figure en la sala grande. Cuando nuestras jóvenes promesas, que se han alimentado de este tipo de cine, en ausencia de cinesforum, con el cine ausente todavía de las aulas y la imposibilidad de acceso a determinadas cintas a pesar de la pretendida competencia de las plataformas digitales, bien porque no las programa nadie bien porque ha desaparecido el criterio que nos permita su elección entre tantas posibilidades. El único camino es la perpetuación de los esquemas de las cintas más taquilleras, la banalización de los sentimientos, la mixtificación de las ideas.

Y aquí estamos, con una televisión autónoma perseguida por la justicia, que nada en medio de un concierto de televisiones locales alegales. Esta pequeñas emisoras, que sobreviven gracias al sospechoso milagro de no remunerar a sus colaboradores, consiguieron un máximo de audiencia gracias a vapulear a la recién llegada, peleándose entre todos para conseguir ser la más canaria. Pero la sana competencia debe ser muy sinérgica, porque mientras la TVA ha llegado a las cotas más altas de impersonalidad y sosez inimaginables, en las pequeñas, los profesionales de a pie se esforzaban en hacer algún que otro programa interesante. Se han sucedido debates de rabiosa actualidad a la misma hora en la que en la TVA rugían los leones en la estepa subsahariana, y las noticias a veces sorprendían por su ilimitada objetividad junto a las descaradamente sesgadas de las noticias de lo nuestro en el noticiario oficial de la comunidad canaria. Entre unos y otros también han proliferado los documentales canarios, producidos a gran escala y con métodos estajanovistas para la Televisión Canaria Digital, que se encarga de contaminar el espectro de las ondas en toda Europa y parte de Alemania e intoxicar de paso nuestra idea de Canarias. No se les puede llamar documentales porque revelan prontamente su origen como publlirreportajes, y aunque no hayan alcanzado todavía el carácter descaradamente sexista y mentiroso del documental turístico de promoción de Venezuela, con su estética de video-clip, estamos muy cerca de conseguirlo.

En medio de este panorama, aparece el decálogo de intenciones que constituye el danés DOGMA 95, bajo cuya inspiración se han generado ya más de veinte largometrajes en todo el mundo, y que propugna el abandono consciente de las tentaciones finiseculares de la técnica para tomar monacalmente senderos de abstinencia expresiva que lleve a la Verdad. Dicho así, suena sospechosamente a fundamentalismo cinematográfico, pero los daneses esconden una carta marcada. La esclavitud os hará libres, parece que dicen, pero ellos levantan un dogma contra otro dogma, el que Hollywood nos impone como si sólo fuera posible un único tipo de cine. Estas películas están ganando premios en los festivales europeos. Bajo su influencia, incluso las majors han empezado a apostar por nuevos valores, y en cierto modo películas como la oscarizada *American beauty*, *El club de la lucha* o incluso el film de aventuras *Tres reyes*, presentan otra realidad de la *american way of life* que el cine nos ocultaba.